

CUENTO CON CARPINCHO Y TODO

Liliana Cinetto

ILUSTRACIONES DE Ernesto Guerrero



CUENTO CON CARPINCHO Y TODO

Liliana Cinetto

ILUSTRACIONES DE **Ernesto Guerrero**

COSAS RARAS A LA HORA DE LA SIESTA

Amí siempre me pasan cosas raras, extrañas, insólitas o un poco locas... de esas que no tienen explicación. Y ojo, que no hablo de buscar por toda la casa lo que tengo en la mano, perder las llaves, salir a la calle con un zapato de cada color o tomar el colectivo equivocado que va exactamente en la dirección contraria. Porque esas cosas también me pasan. De puro despistada, nomás. No me refiero a eso, sino a las cosas RA-RÍ-SI-MAS que me ocurren a veces, como la que voy a contarles.

Todo comenzó una tarde, a la hora de la siesta, cuando parecía que el calor dibujaba garabatos en el aire y solo se oía un silencio de esos que nos van envolviendo en una modorra tibia.

Mis padres aún no habían regresado de trabajar y mi hermano Sebastián se había ido a la casa de alguno de sus amigos a hacer experimentos. Mi hermano quería ser científico y se pasaba todo el día mirando cucarachas por el microscopio o mezclando, en un tubo de ensayo, cáscara de huevo molida con alcohol, pomada para lustrar zapatos con vino tinto avinagrado, miga de pan con detergente, jabón de lavar la ropa con jarabe para la tos y varios ingredientes bastante más asquerosos, de los que mejor no voy a hablar. Con todo eso, preparaba unos menjunjes malolientes, con los que enchastaba toda la casa, pero que no le servían para descubrir nada.

Así que, esa tarde, yo estaba sola. O casi sola, porque Robin Hood y Sandokán dormían patas para arriba, uno al lado del otro. Quiero aclararles que Robin Hood es mi perro y Sandokán, mi gato, y siempre duermen juntos y acurrucados, ya que ellos no saben nada de eso de llevarse mal como perro y gato. Y aunque yo les había puesto nombres de personajes valientes y aventureros, como los de los libros que me encanta leer, ellos de valientes y aventureros no tenían ni la punta de un bigote. Solo se dedicaban a dormir todo el tiempo, como esa tarde en que pasó lo que pasó y que enseguidita voy a contarles.

La maestra me había encargado la tarea de escribir un cuento. No una composición de diez renglones, como las que nos hizo redactar durante todo el año, tituladas “Lo más lindo que me pasó en mi vida”, “Lo más gracioso que me pasó en mi vida”,

“Lo mejor que me pasó en mi vida” o “Un día inolvidable”, “Un sueño inolvidable”, “Un amigo inolvidable”, “Una excursión inolvidable” o “Unas vacaciones inolvidables”. No, nada de esas bobadas. Un cuento.

—¿Un cuento de verdad? —le pregunté yo.

—Por supuesto. Con todo lo que tiene que tener un cuento —me contestó ella, con esa sonrisa medio burlona que ponía cada vez que iba a tomar una prueba de sorpresa—. Una alumna de séptimo grado tiene que ser capaz de escribir un cuento, sobre todo si va a ser escritora, como vos. ¿O no era que ibas a ser escritora?

Sí, claro, yo quería ser escritora. Me encantaba escribir y, según decían todos, lo hacía bastante bien. Eso a la maestra le daba un poco de rabia, especialmente después de que la directora me felicitó por una poesía que compuse para el día de la primavera y que todos aplaudieron como locos, cuando la leí durante el acto. Todos, menos mi maestra, que estaba verde de envidia, porque su discurso fue tan aburrido que hizo bostezar a toda la escuela.

Seguramente por eso me ordenó a mí escribir un cuento para la exposición de trabajos que se haría durante la fiesta de fin de año. Para vengarse. Porque mis compañeros tenían tareas más sencillas: preparar la decoración del salón, ensayar una obra de teatro, practicar un esquema de gimnasia, cantar... Incluso todos podían trabajar en equipo, menos yo, que tenía que escribir un cuento.

—Y que tenga de todo —recalcó la maestra con su sonrisita.

No pude negarme, ni protestar, ni refunfuñar un poquito. En realidad, hubiera podido, pero no me salió, porque soy tímida, como dice mi papá, o corta de carácter, como dice mi tía Palmira, y me trago todo, como dice mi mamá, hasta las palabras. Por eso, cuando me pongo nerviosa o me enojo, me quedo muda y no me sale ni un sí, ni un no, ni un ufa, ni siquiera un ¡ah! o un ¡oh! que no cuestan mucho y son bastante fáciles de decir. Ustedes se preguntarán cómo es posible que sea tímida y me trague las palabras con todo lo que estoy contándoles. Es que, cuando escribo, no me pasa eso. Todo me resulta más sencillo de decir y las palabras se van deslizando hacia el papel. Fue por esa razón que empecé a escribir todo. Para sacarme las palabras que me callaba y se me hacían un nudo adentro de la panza. Desde entonces me sentí mejor, como si el nudo de la panza se fuera aflojando y se desatara.

De todas maneras, nunca había escrito algo tan importante como un cuento y menos por encargo. Por eso, esa tarde, estaba abollando papel tras papel, sin que se me ocurriera nada original.

Primero imaginé la historia de una bruja que se disfrazaba de maestra de séptimo grado. No la escribí porque seguramente a mi maestra no le iba a gustar ese argumento. Después pensé en otra historia, con un monstruo todo lleno de pelos y dientes que raptaba a una maestra de séptimo grado, pero me pareció que esa tampoco la iba a

iTOC
TOC!



convencer. Ya había inventado ogros con muchos brazos, cocodrilos hambrientos, fantasmas arrastrando cadenas, vampiros con largos colmillos, caníbales salvajes y tiranosaurios rex muertos de hambre, cuando decidí olvidarme de la maestra porque si no, iba a terminar escribiendo un cuento de terror.

—Tengo que pensar en algo lindo —me dije.

Sin darme cuenta, cerré los ojos, recordé la sonrisa de Manuel, mi compañero de grado, y el corazón se me fue entibiando. Manu me gustaba, aunque no se lo había confesado a nadie y, a veces, me parecía que yo le gustaba a él, aunque nunca me había dicho nada. En realidad, no hablábamos mucho, porque los dos éramos tímidos. Pero no siempre hace falta hablar para saber ciertas cosas. Y aunque estábamos juntos desde preescolar, jamás se me había cruzado la idea de decirle que, cuando me miraba, yo sentía cosas a las que no les podía poner nombre. El problema era que, el próximo año, Manuel se iba a otra escuela y, probablemente, no volveríamos a vernos, a menos que me animara y le contara que... Pero ¿qué le podía contar, si cuando se me acercaba a menos de un metro, yo me quedaba muda y no me salía ni un sí, ni un no, ni un ¡hola!, ni siquiera un ¡ah! o un ¡oh! que son bastante fáciles de decir? ¿Y si escribía una historia de amor con Manu y yo como protagonistas? Estaba segura de que él tampoco se iba a animar a hablarme y la fiesta de fin de año podía ser la última oportunidad que tenía para verlo.

Fue en ese momento que pasó lo que pasó: golpearon a la puerta.

Toc-toc-toc.

Ustedes dirán: ¿qué tenía de raro que golpearan a la puerta? Porque podía ser el cartero, una vecina, el sodero, algún amigo o mi tía Palmira, que siempre viene a molestar a la hora de la siesta. Lo raro era que no golpeó ni el cartero, ni una vecina, ni el sodero, ni un amigo, ni mi tía Palmira. Al abrir la puerta me encontré frente a frente con... UN CARPINCHO.